



BAJO
UNA
LLUVIA
DE
BALAS

ENRIQUE GARCES

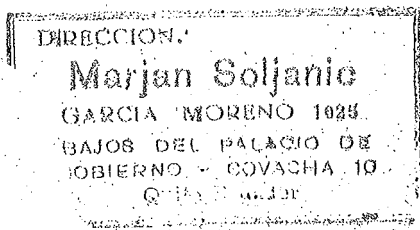
BAJO UNA LLUVIA DE BALAS

LOS CUADROS TRAGICOS
EN EL HOSPITAL CIVIL



Imprenta Nacional — 1933

QUITO—ECUADOR



UN HOMENAJE A DOS COMPANEROS
INOLVIDABLES QUE PRESTARON
SU HUMANITARIO CONTINGENTE
EN LA AMBULANCIA Y EN EL
HOSPITAL Y QUE ACABAN DE
ABANDONARNOS PARA SIEMPRE

Alfonso Mera

Y

Adolfo Castro

Y a los que compartieron del mismo dolor en los días de guerra así como al llorar a nuestros condiscípulos, hermanos en la brega estudiantil:

José Cruz C.
César Sierra Paredes
Aníbal Villagómez B.
Tito Livio Ortiz
Virgilio Páez
Miguel Salvador
Luis A. León
Jaime Ricaurte Enríquez
Camilo Villamar Páez
Angel Viñán
Ramón Alfonso Casares
Porfirio Barragán
Águiles Jijón
Efraín Mora Herrera

Quito, agosto de 1933.

Enrique Garcés

Sr. Ministro de Educación Pública.

E. S. D.

Señor Ministro:

Favorecido con su atenta esquila, fechada el 8 de los corrientes, en la que se digna pedir mi modesta opinión sobre las interesantes páginas trazadas por el ilustrado escritor señor don Enrique Garcés, intituladas "Bajo una lluvia de balas", me es grato dejar constancia de que las he leído detenidamente y con decidido empeño.

La vivacidad de las descripciones; el estilo apropiado, inquieto y rápido; la corrección de la forma; la sugestiva manera de recomendar a la observación del público lector los episodios descritos, hacen de esta pequeña obra una valiosa muestra del talento literario de su autor.

Mas, no solo por estas consideraciones, de suyo muy apreciables, podrían y deberían difundirse dichas páginas, en especial entre las escuelas y colegios, sino, principalmente, por el valor moral que ellas encierran, y que bien puede resumirse en el cumplimiento de la gran obligación que tienen sobre sí los hombres patriotas y pensantes, de infundir en las nuevas generaciones, el más profundo horror a las matanzas, fratricidas, causadas sólo por las diferencias de nuestra política, desatada y loca, y nada mejor para llenar este laudable fin—como se ha hecho en la referida obra— que mostrar con sus propios colores el cuadro desolador y triste de la orfandad y el luto en los hogares, causados por la guerra, la sangre derramada, el abismo de odios y venganzas inmotivados entre los hijos de un mismo pueblo.

En resumen, creo que las páginas del señor Garcés merecen todo el apoyo a que tienen derecho las letras nacionales, cuando van encaminadas al bien de la humanidad, y, singularmente, a defender la paz y la concordia sociales, como elementos básicos del progreso y del engrandecimiento de la Patria.

Del señor Ministro, muy atentamente,

Miguel Angel Albornoz

Quito, a 14 de agosto de 1933.

NIÑOS DE LAS ESCUELAS:

Más tarde, os dirá la Historia de una guerra que hubo en Quito. Agosto y Setiembre de 1932. Os dirán de sus causas. En fin, sabréis minuciosamente.

Pero no querrán deciros del horror de la tragedia. Contarán de epopeyas y heroismos. No os dirán de lo que es un Hospital manchado de sangre, lleno de dolor.

Huérfanos, cadáveres, hambre. Eso es la guerra, queridos niños. Seréis hombres después. Sentiréis amor y apego al frenesí de los combates.

Los cañoncitos de vuestros juegos, los fusiles y los soldaditos de plomo, también hacen daño. No matan, pero matarán....

Un amigo vuestro, ha querido dejar en la sepultura de todos los que cayeron inútilmente, estas hojas de papel escritas bajo una lluvia de balas. Hilvanadas entre el terror, pecan por malas. Perdonad, amiguitos. Pero prometedme que las leeréis a vuestros hermanitos, mientras la abuelita haga dormir a las muñecas y guarde en su falda las armas de vuestros combates.

E. G.

BAJO UNA LLUVIA DE BALAS

LOS CUADROS TRAGICOS EN EL HOSPITAL CIVIL

Estas líneas son escritas bajo una lluvia de balas. Los alumnos de Medicina asistimos al Hospital Civil. Quizás se requería nuestra ayuda en esta casa de tanto dolor. Y la bandada de blusas blancas se armó de gasas, vendas, yodo. Esperábamos a los miembros triturados, a las mutilaciones, al horror. Se anunciaba la gran tragedia de la guerra civil.

El domingo comienzan ya las noches largas, angustiosas. Se nos dijo que venían heridos. Todo a preparar. Hierven los instrumentos de ci-

rugía. Las monjitas, sentadas, envuelven las vendas rezando con voz llena de melancolía. Y son las doce de la noche. Recibimos aviso de que no se ha librado el combate en Santa Rosa.

Las voces de la multitud aseguran que va a desencadenarse la batalla. Llega el avión por entre un cielo brumoso. Mensajero de guerra o de paz? Qué viene a decir a las fuerzas de la ciudad? En la lindé urbana las tropas se apostan. Una duda inmensa en lo que va a pasar. Tiemblan en el pecho los corazones. Sin miedo a la muerte. Con el pavor a la desgracia colectiva.

Nutridos disparos al ave de guerra. Parece hacer esguinces cuando le taladran las alas. Del Panecillo, un cañonazo que le saluda agresivo. La máquina aérea apaga su motor y tramonta la cumbre como en una fuga, en descenso. Hemos creído que ha caído el águila. Pero la hemos visto volver. Nuestros ojos se nubian de relámpagos. Los oídos comienzan a llenarse de estruendo.

Y vino la tormenta. Allá, en la colina, se arrastran los cuerpos con los fusiles adelante. Las bocas humcantes dicen palabras de muerte. El trepidar del ambiente es atroz. Silban las balas.

Se ha iniciado el debate de la fuerza. No pudieron entenderse con palabras. Se cierne el terror como razonamiento. Sordo y crepitante cruza el estampido de la metralla. En la psiquis se forja un campo alucinatorio. Cada disparo un chorro de sangre. Sangre hirviente que respira el aire de la pólvora. Entramos a las salas del Hospital. Las camas aun vacías, nos dicen unas palabras: "ya vendrán".

Los médicos han formado patrullas estudiantiles. Sin lenguaje militar nos ordenan posiciones. La Sala tal para ustedes. Venga para este sector. Las medicinas quedan encargadas aquí.

Se llama al almuerzo. Las hermanas de la caridad se constituyen en sirvientes. Somos veintiocho los de la muchachada. Qué vajilla. Vamos, tome usted esto. Gracias, madrecita.

Un herido, gritan a la puerta. Corremos. Verdad. Un chico infeliz envuelto en harapos, sangrando. Camillas. Gente que se mueve. Los médicos atienden. Una gasa al borde de la herida. Calma el grito de dolor. Y se va el chico atravesado por la bala arterial.

Fue el comienzo del desfile trágico. La puerta del Hospital empezó a teñirse en sangre. Las camillas tienen ya una gruesa capa de plasma.

Tantas venas rotas vertiendo el licor. Mezclados allí de amigos y enemigos. De parte y parte. Cómo se habrán besado esos glóbulos distintos. Pero únicos: humanos. Las blusas de los enfermeros están sucias. La sangre, la tierra, dibujan la caricatura del flagelo. Y las manos se han hundido en las heridas. Van quedando pedazos de vestidos humildes. Van quedando pedazos de carnes acribilladas. Y la descarga no descansa. Insistente, bárbara, cruge, grita, apuñala los cerebros.

La sirena de la Ambulancia es un silbido de ultratumba. Hiende en el fragor y se apaga. Es una queja filosa. Llega. Se detiene. Muertos. De uno en uno salen al suelo. Claro, el muerto puede esperar. Baje al herido. Rápido. Ay!... ay!..., doctor, dice el grito lastimero, profundo. Como salido del vientre apocalíptico. Y suba a la sala el cuerpo que se agosta. Luego los muertos. Sí, muchos muertos. Tantos que ya no caben y se indica a la Cruz Roja: No recojan más muertos porque no alcanzan ya los depósitos. Recojan heridos únicamente. Ha parecido la orden dada por un mayordomo en la hacienda...

Seguimos a una tarima. Lleva tres cadáveres. Un militar, dos civiles. Han caído inútilmente

en la brega. Detenga aquí los muertos. No se sabe cómo se llaman? Ni siquiera eso. Terrible anonimidad. Busquemos en la ropa. Una carta a la esposa ausente: "No me pasará nada, hijita". Y estaba ya tendido, desfigurado atrocemente. Papeles, cigarrillos, balas. Una medalla de la Virgen María. Y una facies taladrada por siete disparos. Los otros, recogidos muy tarde, habían. Con las manos en actitudes suplicatorias. O aprisionando un cristo sobre el pecho. Sangre. Músculos desgarrados. Intestinos emergiendo como cortinas. Este es el depósito. Vea usted, ciento diez y siete muertos. Qué horror. Una carga de despojos que desprende un olor insupportable. Y no se les puede enterrar porque no cesan las balas. Ya vendrán las familias a conocerlos. El Anfiteatro está repleto.

Pasamos por encima del montón de cuerpos exámenes en busca de un amigo. Se nos dice que le han traído. Nada. Caras desaparecidas. Besando la tierra madre. Besando el cielo. Podredumbre ya. Recinto nauseoso. Pero qué!... ya no tenemos conciencia completa. Nos invade el aturdimiento. Y no lo encontramos al camarada. Una voz que grita desde la puerta anunciando que viene el compañero muerto. Verdad. El plomo inconsciente entra por el cuello del amigo

que servía en la ambulancia. Rompe los paquetes de vasos. Debió brotar un torrente de sangre. Y muere cerca de su casa. Su dulce esposa le contempla desde la ventana y se desploma. Los dos chiquitines quizá subieron al barandal para ver al papacito y gritarle: "Papá, tienes sangre en la fopa". La última hijita dormía en la cuna. Y lo recibimos al buen camarada que viene por última vez al Hospital. No podremos enterrarle pronto. Formol a las arterias vacías. Y una caja al apuro. Y le subimos al coro de la iglesia. Retumban los pasos. Comitiva de estudiantes. El padre del difunto avanza tardamente detrás. Los ojos repletos de lágrimas. Dos candeliles que mueven sus llamas en silencio. Tienen en su temblor una amargura infinita. Y ese señor viejecito, se arrodilla ante los despojos del hijo. Padre nuestro que estás en los cielos, dice una voz cascada por el dolor. Lentamente repite con insistencia: Hágase, señor tu voluntad, hágase tu voluntad. Recitado de profunda tristeza. Y los ojos de los estudiantes se humedecen. Se improvisa una meditación profunda. El recuerdo, el dolor, ocupan la neurona. Parece que hubiera una paz claustral. Pero vuelve el atronar. Heridos, gritan de abajo. A correr. A correr. Otra vez al medio de la desgracia. Tenga recio. Pesa mucho. Procure que no se

roce la herida. Vamos. Ya. Queda mejor? Claro... Morfina.

Eter. Ya va. Se necesita en la Sala de Cirugía. El doctor Estupiñán agota los bisturís. Projectiles que se extraen. Abdomen abierto. Suturas de asas intestinales. Vaho de humanidad y cloroformo. Alaridos de las salas vecinas. A la cama número ochenta y siete. Y viene un estudiante. Ya murió el 16, dice. Entonces que se le baje pronto. Se necesitan lechos. Y la sirena de los automóviles que recogen, acosa en el portón. En tanto las gradas enrojecen y el espacio se satura de la más inmensa angustia.

Una sala de heridos. En las camas, en el suelo. Ligaduras. Pañuelos en las cabezas. Quejidos amargos. Ampolletas de morfina. Jeringuillas que inyectan. Cloral para que se duerma ese infeliz. Agua, madrecita, me muero de sed! Agua... Y se restañan unas heridas que llegaron con sus labios erosionados. Otras irán a cicatrizar en la tumba. Dos sacerdotes prestan sus auxilios cristianos. Lo reciben con unción los enfermos. Un herido llega agonizando. Cómo se llama usted, le preguntamos angustiados de verle agotarse. Luis, dice entre el estertor y se queda definitivamente dormido. Otro señor de una cara muy dulce se está muriendo a nues-

tro lado. Le tomamos la mano para inyectar alcanfor. Lleva un anillo nupcial. Ya no habla. Ya no conoce. Pero levanta la mano huesuda y exangüe. Besos nutridos al anillo querido. Como un adiós desesperado y final. Y ella estaría, lejana, al pie del altar, rogando por su esposo. Allá hay un soldado que viene destrozado las piernas. Palidez intensa. Entrega su mochila a la hermana de la caridad. Para deshacerse de la carga de guerra ha hecho muecas dolorosas. Encontramos un crucifijo en las ropas desgarradas y tintas de sangre. Nos arrancha súbitamente. Sí, señor, mi madre me puso para salir al combate. Y le besa con fé. Y le apreta contra el pecho que late forzadamente. La Hermana de la Caridad que está al pie, ha llorado con unos ojos hermosos, bajo la toca blanca. Qué dolor. Nos apretamos la garganta para poder salir. Hay que ser hombres. Hombres. Palabra estúpida que nos trae al recuerdo nublado por la convulsión de horror, aquello del "lupus".

Doctor, nos dice un herido joven, podrá salvar esta pierna? Nosotros volvemos la cara para no contestarle. Pero ha insistido. Y le mentimos: Sí, sí, podrá andar bien, podrá ir pronto a su casa. Entretanto el diagnóstico anunciaba una amputación muy alta por el destrozo del fémur.

Preparar la mesa de operaciones. Los cirujanos no descansan. Y estamos con el herido. La ráfaga de metralla hirió monstruosamente el abdomen. Parecía abierto con una daga. Y emergieron las asas intestinales queriendo quedarse en la tierra. Pero el hombre se ató una sábana para contenerlos. Doctor, exclama, no me opere. Yo sé que me voy a morir y que es vano la operación. Tengo a mi esposa y cuatro hijitas. Eso es lo que me duele, doctor. No me duelen las heridas. Y fatalmente viene la muerte, mientras recibe alguien unos pocos centavos que deja de herencia para los suyos. Y le cerramos los ojos que se opacan. Y en su boca se ha quedado detenido un nombre que no alcanzó a pronunciar. Otro que ingresa al montón mefítico.

El Director del Hospital ordena que los enfermos de menos gravedad desocupen las camas para alojar a los heridos que siguen llegando. Y ellos ceden sus puestos con una inmensa resignación. Y ellos también ayudan a levantarlos, a cambiarles la posición que les cansa. A decirles una palabra de consuelo. A pronunciar juntos el Ave María. Y de las salas inmensas, repletas de humanidad doliente, se escapa el rezo coral de los lacerados por la balá. La monjita va diciendo una plégaria. Y responden de los lechos las

voces roncás. Algunos quizá no pudieron pronunciar ni una sola sílaba. Y la ensayaron con la mueca de los labios. Pero nosotros escuchamos la oración sin el sentido de la fé. No hay el espiritualismo del rito. Oímos igual que el traqueteo de los fusiles. Oración funesta de la guerra. El psalmo es como un arrepentimiento. No es la dulzura de la endecha religiosa ni la súplica mística que el creyente dice de rodillas. No. Es un exorcismo de sepultura, de hedor. Es una amalgama de palabras instintivas que rugen por las carnes abiertas.

Suero para refrescar los tejidos. Mucho suero se inyecta. Y las alas blancas de las tocas religiosas, se agitan como gaviotas de paz. Los médicos acompañados de los estudiantes, se acercan a todos los lechos donde se debate el dolor acerbo.

Sí, niños también. Allí están heridos. Son tres ya. Pequeñuelos de pocos años de edad. Unos recibieron la bala en brazos de la madre. Ella está en el anfiteatro. Muerta, claro. Mamá, grita un chiquitín. Y acuden todos a hacer una caricia. Pero como si la sintiera sin el calor maternal, se empeña en llamar. Mamá. Mamacita... No hay respuesta. Sólo los proyectiles que caen

en la techumbre y despedazan las cornisas, responden.

En otra sala repleta encontramos a dos soldados que nos cuentan de la barbaridad del campo de batalla. Compañeros que se quedaron muertos o heridos. Nosotros rogamos a un Ministro para que haya una tregua. Necesitamos recogerlos a todos. Nada. Nada. El cañón retumba. El cielo se enturbia y parece tener ganas de llorar. Por todas partes encontramos rostros pálidos. Comienzan a crispase los nervios. Nos encontramos entre los compañeros como autómatas. Es que es ya imposible. El clamor interno nos domina. Quisiéramos salir a la calle y matar alevosamente a todos para que cese la tormenta homicida. Agua. Agua para humedecer la lengua. Noticias consoladoras para humedecer la aspereza de la incertidumbre.

Esos soldaditos ensangrentados son de diversos batallones. En camas seguidas se acogen enemigos. Pero allí el dolor les une. Hermano, le dice al contrario, por qué nos matamos así? Y el otro responde con silencio angustioso tocándose el vendaje de la gran herida: Sí, sólo el dolor es capaz de unirnos. Cómo hemos aprisionado esas palabras del herido; hermano, por qué

nos matamos así?. La llagadura como único nexo posible. La sangre rutilante como un bautismo de amor. Hermano. Este quejido que quiéramos que retumbe en todas partes. El corazón como la única metralla disparando el grito de fraternidad. Apretamos fuertemente los puños como si anheláramos aprisionar a la felicidad cordial de los humanos. Pero en la puerta nos damos cuenta que llevamos una gasa empapada en sangre y en pus. Qué desengaño!

Y un día y otro día. Ya pasará. En vano todo. El salvajismo se cierne sobre la ciudad. Pero qué son los hombres, preguntan unas mujeres tristes. Lobos, ha respondido en secreto la frase clásica. Verdad. No lo habíamos comprendido. En la Escuela y el Colegio nos pareció una frase cualquiera para el análisis gramatical. Pero hoy, ante la carne lacerada, se agranda el término con una musculatura de gigante. Lobos. Sí, lobos. San Francisco de Asís habrá estado llorando ese momento. No se domaba la bestezuela de la tierra: la de la Gubbia montaraz.

La luz eléctrica se apaga. Hachones, candeleros improvisados. No podemos darnos el lujo de una esperma. Y guiados por la mortecina llama caminamos incrustados en la noche negra, como

una tristeza millonaria de pesadumbres. Con la luz, se acaba también el agua. Las bombas de El Sena ya no nutren. Sor Teresita nos dice que no se puede dar de comer a los enfermos y heridos. Esperémos a la Cruz Roja. Y viene. En todo recipiente volamos en busca de agua. Las monjitas enclaustradas del Carmen Alto, nos comunican con un tubo. Mana el líquido precioso. Pero las balas arrecian. Agáchese, camarada. Cuidado. Corra, corra. Una, dos, tres, Hermanas de la Caridad cruzan heroicamente la calle. Pronto se prohíbe el paso. Otra vez escasea el elemento básico. Y se siente sed. Y así, medida la ración para las salas, se reparte por gramos. Cada enfermera hace esfuerzos supremos y nobles. Calladamente, les rendimos nuestra admiración.

El teléfono no funciona ya. Las granadas chocan a cada momento en los postes. Se arrancan cables e hilos. Estallan los bombillos de luz. No podemos comunicarnos con nadie. Nada sabemos de nuestras familias. Comenzamos a aturdirnos. Se nos dice que van a asesinarlos. Pero qué más?. Del Panecillo caen los plomos y los aceros. Impactos en los corredores. La cocina está bloqueada. Balas que entran a las salas de los enfermos. Hieren algunas a los pa-

cientos. Se fractura la tibia a un palúdico. Atraviesa el vientre grávido de una mujer. El terror cunde. Y los tullidos y febriles corren para abandonar la sala amagada. Unos se arrastran, otros ruedan. Es un desconcierto.

Desde el domingo no han entrado provisiones al Hospital. La comida disminuye. Actos heroicos de algunas personas proveen de sal y otras cosas más. Atormenta a todos la noticia. Algunos ni siquiera la hemos escuchado con atención. Estamos hartos de dolor. Basta.

Con la noche oscura y fatídica cesan un tanto los disparos. Pero las descargas frenéticas no duermen. Ya no vienen heridos. Es que son las doce de la noche. Nos acurrucamos cobijados con las blusas. Hace un frío como de daga muy filosa. Los cigarrillos se han agotado. Le decimos a un enfermero que si se podría conseguirlos. Ahora la plata no vale nada, contesta. Vaya, que no podemos echar humo. Recogemos en los bolsos y petacas las partículas de sobra. Traiga un periódico para hacer un pitillo. Y envolvemos en un editorial de "El Día". Pero falta tabaco. Ah! no. Aquí hay unas hojas secas de durazno. Esto es bueno para el pecho. Y a fé que la bocanada sabrosa hace la espi-

ral rubricante. Y el silencio en que nos quedamos, se corta con la fusilería que nos taladra los tímpanos. Más noche, el frío de la madrugada es insoportable. No sabemos por qué el sistema nervioso reclama la nicotina del cigarrillo. Es irresistible la necesidad. Camarada, tiene usted tabacos?. Y calla el colega. Venga por aquí. Sí, venga. Pero dónde vamos?. Ya verá Y seguimos por el camino oscuro. Un muerto. Este tiene pitillos. Búsquele. Efectivamente, introducimos la mano con dificultad, sintiendo el frío de la eternidad. Volvemos escondiendo el paquete que hemos robado. La necesidad, claro. Y parecemos sonreír. No tenemos la culpa. La guerra. Esta contienda estúpida de los hombres, le vuelve a uno fuera de sí.

En mitad de la noche escuchamos un extraño ruido en la sala de heridos. Subimos apresuradamente. Es uno de ellos que se encuentra frenético. Habíamos leído en los libros acerca de la psicosis de angustia causada por la guerra. Era eso seguramente. El mozo andaba desorientado. Se acercaba a cualquier parte y hacía cosas fuera de orden. Quiere tomar los óleos que el sacerdote utilizaba en uno que moría. Grita. Ha hecho una bandera con la venda arrancada de su brazo. Está confuso. Es la



histeria de la guerra. Su cerebro copió el cuadro macabro. Y hoy le asalta. Le atendemos. Parece dormir. Y escuchamos su voz tartamudeante que dice palabras disímiles. Unas dicen: balas, muerte. Otras dicen: Madre, amor. Delirio. A flote la tormenta.

La fatiga de algunas noches ausentes de la cama nos acosa. Las religiosas nos prestan los colchones que están listos para los heridos que seguirán entrando. Y allí nos acomodamos. Otros hemos ido por algunas de las salas más distantes a ingresar en las filas de enfermos. Pero el sueño no viene. Frágil adormecimiento. Escurridizo como anguila submarina. Nos despertamos a cada momento sobresaltados. Las noticias que se comentan. Aún cuando queremos no oír nada, aguzamos el oído para escuchar. Se toman Quito. Se retiran los que atacan. Van a dirigir la metralla al Hospital. Lluven las mentiras como las balas. Cada una de ellas hace eco. Aunque ya no estamos para entender lo que nos dicen. Hay un entorpecimiento. Una ausencia de la personalidad. Como si hubiera emigrado algo de nuestro propio ser. Y entre temor y angustia alguien comenta a Remarque. Exacto. Las voces de la calle decían: ya se termina todo. Se ha firmado el

armisticio. Sin novedad en el frente. Pero seguía el estertor.

Tome un poco de orchata dice un enfermo de la sala donde me asilo. Y la he sorbido rápidamente, guardando un poco para después. Pero un compañero me ha estado atisbando. Tuvo que concluirse el resguardo.

Por las noches llegan gentes sencillas y humildes a preguntar por los heridos, por los muertos. Estamos listos a recitar una lista inmensa. El portón del Hospital tiene una rejilla. Parecería una ventanilla de correos. A esperar la noticia. A las preguntas anhelosas, teníamos únicamente tres respuestas que para nosotros habían perdido lo que significaban. Fulano de tal, señor, es mi papacito. Muerto, contesta el médico. Y mi hermano, doctor. Herido, dice la lista. Estará aquí tal persona. No hay, responde la misma voz. Y otra vez. Las mismas preguntas. Las mismas respuestas: muerto, herido, no hay. Lo único que había en la sombra era el brillar de las lágrimas por los difuntos, por los heridos, por los que no habían

Déjeme pasar, señor, para ir a buscar a mi papacito. A mi también, señor. Pasen, pasen. Y

nos vamos con una farola pálida. El callejón que conduce al montón de cadáveres es peligroso por las balas. Apague la luz. Y nos tropezamos con los cuerpos tendidos. Prenda aquí. Ya. Unas mujeres voltean los cadáveres. Les limpian las caras. No es este. Por allí va una señora con dos pequeñuelos. Buscan con ansiedad. Las manos están ya rojas. Levantan ropas sucias. Y encuentran al padre. Terrible hallazgo. Por encima de la tierra y de la sangre coagulada las bocas tremantes besan la papilla de una faz querida. Y cae el llanto como una llovizna. La hemos levantado a la mujercita desgraciada. Nos ha contado no tener para comprar un ataúd. El era un obrero muy trabajador. Pero ahora la casa se queda sin sostén. Nosotros hemos visto en los ojos de los huérfanos unas lágrimas muy grandes. Las caritas tenían una expresión indefinible. Una mezcla de espanto, de terror, de amargura. Se contraían los labios. Como que mordieran una palabra: GUERRA. La guerra fratricida y bestial.

Adelante con ese cadáver. No obstaculicen la entrada. Quién es este señor?. Un amigo. Joven todavía. Su esposa daba a luz. Él atendía. En la puerta de la casa azota una tempes-

tad de hombres enfurecidos. Les dice desde la ventana que no destrocen los maderos. Baja. Se quejan los góznos del portón. Abre. Los fusiles detonan. Como se detuviera en pie, la descarga se repite. Y se tumba en el quicio del hogar vertiendo sangre a raudales. Hasta llegar al Hospital está ya exánime. En la mesa de operaciones el suero endovenoso no puede hacer milagros. Se escapa la vida lentamente. Es una faz dulcísima, blanca, como un noble reproche a la protervia de la horda. Estamos acompañando a un momento supremo. Pero unos gritos fuertes nos hacen volver. Es una hermana suya que salvando las balas en supremos esguinces, llegó al Hospital. Doctor, no puede ser. No es verdad, no debe ser mi hermano, no, no. Que no le corten la pierna, doctor. Es que no es él. No. Dónde está? Yo le veré. Yo misma.

El médico apacigua a la muchacha enloquecida. La ha engañado diciéndole que salvará. Pero ella, continúa en su grito: miserables, asesinos. El dolor de esas hijitas tiernas caerá como un baldón sobre ustedes, bandidos, asesinos. El pañolón negro recibe los gruesos lagrimones. Una Hermana de la Caridad se acerca y le ha dicho: "rogueemos a Dios por su alma". Santa

María, Madre de Dios. . . . y la mujercita ensaya a rezar. Pero está mascando, magullando a las sílabas.

Siga por el Panecillo. Pero extienda la bandera de la Cruz Roja porque nos asesinan. Y el carro cruje, se queja. Llegamos lentamente. Deteniéndonos a cada momento. Recoja a ese hombre. Ponga una venda en ese brazo. Pronto, que las balas están cayendo cerca. Y el regreso de locos frenéticos. Ir y venir con la carga de la muerte. Con lo que dejan las filas embriagadas, los credos, las doctrinas, las pasiones. Qué brutos somos, ha dicho un hombre anciano al vernos pasar. Qué gran verdad.

En el Panecillo encontramos a un agonizante. Muchos soldados le hacen rueda. Preguntamos. Es un valiente que no temió pero que recibió el plomo en su pecho. Con nobleza aconsejaba a sus camaradas. Las palabras caían pesadas. Ya no eran voces de mando, ya no eran voces de ardor. El que sentía la amargura de morir, sabía ese instante de la tristeza de los suyos, de su hogar. En la ojera profunda que bordeaba los ojos, se pintaba el luto de los huérfanos. Y calló. Para siempre. Uno menos. Uno más que se deglute la boca del cañón.

Y entramos al Hospital llevando a costas a los heridos. Las mujercitas buenas de esa casa lloran sin cesar. Ojos húmedos por la salobre refrigeración. Lloran por todos los que llegan. Por todos. Es que el dolor no sabe sino de lo que es sufrir. Ojos negros, repletos de llanto. Ojos profundos, empapados en el manantial de las tristezas. Y nosotros pasamos rápidamente. No debemos contagiarnos. Es que los hombres no pueden llorar. Qué puerilidad. Cuando caen las lágrimas, el párpado tiene una gran aridez.

Vamos a visitar a un heroico militar. Ahora ya no se llama sino el 9 de la Sala de Cirugía. Ocho proyectiles cosieron el cuerpo. Cómo se siente, preguntamos. No hay respuesta. Calla mordido por el mal. Gangrena. Amputación. Gravedad. Y muere.

La batalla enajenadora, que tiene procesos mentales incomprensibles, arroja en la mente un lastre de fieras. Un muchacho golpea las puertas del Hospital. Viene herido. Se hace curar. No ha querido abandonar un instante el arma. Parece estar intoxicado, frenético. La pólvora tendrá alguna sal misteriosa que enerva el sentimiento?. Zapatea como en protesta porque le

detenemos. Quiere volver a las filas. Y volvió. Heroísmo digno de mejores causas. Cómo se desperdiciaba la energía. Y volvieron a tocar la puerta. El muchacho ya no venía frenético. Estaba muerto.

Suba por esta calle. Ya no hay nada. Claro, que va a ser mucho. Muertos, heridos, destrozados, cañoneo incesante. Pero a qué hemos venido?, nos preguntamos. A nada, sencillamente a eso: a nada. Es que la tensión nerviosa sacude los miembros en direcciones absurdas. Una de ellas ha sido ensayar una caminata. Como autómatas tirados por un hilo. La esquina está plena de combatientes. Arrimados a una pared nos hemos quedado. Pero mire. Han caído ya dos soldados por no abandonar la metralla. Se acerca ese oficial. Qué valor. Y suena la gritería salvaje de mil proyectiles por minuto. Pero qué ha pasado: Calla el arma atroz. El militar está tendido en media calle. Hace una señal con la mano, llamando. Nadie se puede acercar. Los plomos se disputan el honor de taladrar las carnes. De la frente borbota un manantial rojo. Decae la señal de la mano. Se agosta. Agoniza. Es ya un difunto. Le cubre el estrépito y la mirada angustiada de sus compañeros. Fuego, fuego. Adelante. Por

allí. Ataquen. Cuidado. Esa avanzada. Pronto. Una arma pesada. Rastrillen. Disparen. . . Cuántas voces para sembrar dolor y dejar huérfanos.

Esperen. No es posible que este cadáver se vaya sin dejar su filiación. Esa carta. Sí. Su nombre: Carlos. Lea, colega. Es que no se puede. Está agujereada por las balas. Qué barbaridad. Deletreamos: Inolvidable adorado. Pero sigan, sigan. Una mancha de sangre como si se hubiera volcado una arteria. Una ráfaga de metralla por la espalda. Inmensa boca que empujó el corazón hacia fuera. En el bolso de la americana estuvo la carta querida. Y se besó con ese corazón triturado. Corazón que quiso leer la esquila de la amada y se juntó bien, amalgamándose con la sangre. Las letras imprecisas que la manecita de la ausente trazó en una noche de recuerdos, entraron a las cavidades ocultas. Y en consorcio de amor agonizaron juntas. Las balas habían matado dos corazones: el del soldado y el de la ausente.

Entra un hombre demacrado. Es un herido sin herida. Sus hijos no han comido dos días. Salió frenético a la calle a robar. Todo estaba cerrado. Encuentra allá una tienda abierta. En-

tra. Nada. Sólo ataúdes vendemos aquí. Estamos ocupados en eso. No hay nada más.... Y estas ventas de ataúdes son las únicas que comercian. Desfiles negros comprando el lecho final. Y la sierra que gruñe frente a nosotros. Noche y día cortando los maderos. Y una brocha que hace negro, muy negro.

Pero cuándo callarán los disparos. Ya no podemos resistir. Los tímpanos tienen un espasmo. No hay otro ruido en el mundo. Se saturan de estampido las células y los filetes. Hay un combate interior, tenaz. Algunos no nos acostumbramos. Imposible. Y es que son de tan cerca las descargas. Allí en el Arco de la Reina hay unos tres soldaditos con una ametralladora pesada. Apostados detrás de unos sacos de arena que les parapetan. La boca ardiente de la máquina emerge con una mueca fatal. Son ya tres días que resisten allí. Qué tenacidad. Fuego, fuego. Pero una bala certera cayó rompiendo el cuerpo de uno de ellos. Bueno y qué.... Sigue la guerra. Son dos ahora. Nada más. Fuego, fuego. Y otra bala mató al segundo. El sobreviviente retira al camarada muerto porque le estorba para sus maniobras. Y fuego, fuego. El fragor aumenta. Avanzan los otros tendiendo sus cuerpos en la calle. Y la última

descarga de la Fiat se ausentó con el eco. Anunciaba que callaba. Había caído el tercer soldado sobre los cuerpos de los suyos. Muertos todos. Huérfana la metralla. Una charca roja. Y la llegada de los otros. El arma candente parece que esquivaba la caricia audaz de los enemigos.

En el vértice del torreón más alto colocamos la bandera universal. Es blanca y en sus pliegues abre sus brazos una cruz de sangre. Sin bando ni partido, ha sido también herida. La bala ha hecho blanco en el asta erguida. Y cae, se agobia. Como un símbolo fatal. La ceguera de la lucha. La ceguera del proyectil.

Alcanzamos a divisar a lo largo de la Avenida las filas desplegadas. Fuego al Panecillo. Qué insistencia. Y nosotros, con las pupilas dilatadas, en actitudes de diafragmas, contemplamos rodar los cuerpos, tumbarse las casitas, desvestirse los árboles y quejarse a la tierra por millares de proyectiles. Y el traqueteo de clamores y silbidos, atronando en la cubierta de la casa.

La metralla no deja entrar a los heridos por el portón. Se ha escuchado un quejido en la puerta de la Iglesia. Sor María, arrastra al moribundo hacia la reja. Una escalera sirve para ba-

jar a otro por la ventana de una casa vecina. Temblando en las cañas, desciende sostenido por los enfermeros. Una mujercita cae a la camilla rígida ya, con una hija de pocos años a su lado, muerta también. Pero aún en el estertor, sus brazos estrecharon a la pequeña, fuertemente, desesperadamente, pensando que la pequeñuela se quedaría todavía en el mundo.

Los heridos y enfermos no han comido este día. Esto es ignominioso y cobarde. Por qué la guerra persigue hasta esos lechos dolientes? No puede ser. Vamos nosotros a buscar alguna cosa en cualquier parte. Pero dónde. Allí está un Jefe. Ha comprendido la urgente necesidad. Listos todos. Salimos a la piratería. Rompa ese candado. Y entramos al mercado público. Qué importa. El hambre no tiene razones. Menos aún la batalla. Las manos tiemblan repelidas por la conciencia. Pero qué palabra tan tonta y a deshora. Conciencia. Si no es sino un invento de la moralidad pacata. Cómo nos duele el perjuicio de la gente pobre. Mañana vendrán para vender y no encontrarán sino nuestro anónimo destrozo. Como un a-lud caemos sobre los comestibles. Esto. Vea, compañero, lleve la fruta. Ya no tengo donde. Y robamos en abundancia. Sí, hemos robado a

mansalva, en pleno día, en pandilla de foragidos hambrientos. Hemos robado por el derecho de comprender la necesidad de los que se asilan en nuestro Hospital. El hambre es el que ha robado con nuestras manos. No hemos sido nosotros. Somos los muñecos emtorpecidos por la lucha de los unos hermanos contra los otros.

Y de vuelta del asalto, la lumbre hace crepitar los trozos de madera. El chocolate va a hervir. Agitan. Y nos dan la ración en una vacija que nos han prestado. Qué sabroso. Sorbemos lentamente. No sabemos sino que está exquisito. A grandes tragos, los soldados jadeantes concluyen la marmita. En las salas, tienen sonido de alegría los recipientes en los que se sirve la colada.

Allá está un ruedo de metralas. Círculos de hierro, en actitudes de muerte. Siete soldados fueron en el principio de la gran defensa. Humieantes las bocas de las armas, arrojaban los proyectiles hacia la colina. Poco a poco murieron, otros se fueron. Pero el último, estaba allí, metido en el casco fatal de la semiluna que formaban. Un señor, se acerca y le ruega que abandone su puesto porque va a morir. Imposible, contesta enérgico. Si usted quiere hacerme un

favor, obséquieme un vaso de agua. Entra a la casa el compasivo. Hace preparar un medio litro de una sabrosa naranjada. El mismo vuelve con el vaso espumoso. Ya no estaba el soldadito altanero. Había caído de bruces, estallado el cráneo por la granada que dispersó la masa encefálica.

Abrir la puerta manda un soldado. Y se abre. Entrán muchos al Hospital. Es necesario emplazar las armas en la torre de la iglesia. Es que no puede ser, suplicamos. Pero qué importa una casa de enfermos si se necesita para la guerra. Mas, los jefes cultos, hacen retirar a las fuerzas. Salen pronto.

Al frente. Sí, vamos. Y hemos querido ingresar en el grupo. Con la blusa blanca, con gasas, acompañamos a los otros que llevan cartuchos y fusiles. Golpes insistentes en la puerta del claustro. Solemne y desafiante el portón se queja apenas. Nadie. Luego, una voz muy dulce y lejana. No se puede abrir, dice. Es una voz angelical y temblorosa. Pero la bestia humana sale al amparo de la pólvora. Hemos dejado de ser hombres. Es preciso todo evento. Hay que exterminar. Esta es la guerra.

Y entramos súbitamente. Las monjitas encloastradas caen al suelo. Ruegan a Dios. Nos acercamos lentamente. No pasará nada, hermanita. Y calmamos la justa tensión nerviosa. Se agolpan las túnicas de sayal. Se acurrucan como polluelos. El velo negro, fatal, esconde la faz. Seguramente existe detrás algún perfil hermoso, nostálgico. Quién sabe lo que esconde el charchaff? Serán unos ojos negros que copiaron las heridas de Cristo? Será una boca jugosa, manantial del ruego en el recinto de paz? Y en tanto se desbandan por entre los naranjos floridos de un patio sevillano, se ha fugado de mi cerebro algo que no comprendo. La sandalia humilde besa el suelo en silencio. La puerta de la celda se cierra tarda, triste, con un simbolismo de ausencia. Un crucifijo extiende los brazos lacrados. Paz. Parece que hemos pasado a otro mundo. Hemos olvidado, un instante siquiera, el estampido atroz.

Bajo el arco colonial caen las hojas amarillas. En el convento acogedor y hermoso, entra grotesca la bullanga de la imbécil turbamulta que se asesina. Nosotros hemos querido correr hasta el pie de un santo escuálido y rezarle con unción.

Pero el preciso momento, nos asalta una frase con palabras de prestíbulo. Es que en la guerra, es preciso unicamente eso. El espíritu que se encuentra ambulando por las paredes destartá-ladas, al primer disparo, muy cercano, ha vuelto a su armadura anatómica. Arriba. A correr. A la torre. Allá han estado ya los soldados. Un herido, grita alguno. Llegamos. Poca cosa. La sangre se ha detenido. Vuelve a empuñar el fusil. Esto no acabará nunca.

Qué importan las balas estúpidas de la con-tienda. Nos reconcentramos otra vez a dudar. Pensamos en la Humanidad. Entornamos la mirada al claustro soledoso. Taladramos los ve-los opacos de las monjitas. Cómo se rejuvenece el recuerdo y se ensancha el pasado. Ese con-vento es como todo lo ido. Calmo, silente. Lle-no de figuras borrosas, con la túnica de los años. Pero por qué el mundo no será así, callado, her-moso? Padre nuestro que estás en los cielos. Cuidado, doctoreito, avisa un soldado. Y volve-mos a lo que somos. Hundidos en el pozo inte-rior, no nos hemos dado cuenta que en el brocal estaba acechando la muerte. Y nos hacemos un hilo detrás de la columna de piedra. Pasan las

balas. Pasan con paso de Rey. Por qué son tan bestias, hemos preguntado a cada una. El silbido de una nos respondió, volviendo la cara: los hombres...

Bajamos. Un escapulario viene de las manos blancas. Al cuello. Sin saber del fetichismo, viene con el perfume ignorado. Saturado de un olor de casa solariega. Trébol del misticismo. Nos han dado antojos de besar la tela bordada, ensayando un beso de bacanal. Pero la boca está seca. Adiós, hermana. Rece por los difuntos. Adiós. Y la puerta pesada cayó como una loza sepulcral. Y están vivas las enterradas....

Esta es la guerra de las torres. Antes, en la paz, era la campana la que hablaba. Hoy es la explosión de la pólvora. Las moles sobrepasan los hogares. Por encima de las techumbres, enredándose entre los alambres, se bloquean las torres. Por qué se han enojado las agujas góticas? Hermanas de la urbe caprichosa en algarada mortal. No es eso? Han enloquecido repentinamente. Sí, puede ser que ésto haya sucedido. La guerra da vida hasta a lo inanimado para solasarse en el placer dantesco de matar. Los impactos debieron seguramente haber arran-

cado una queja metálica a la espada de Benalcázar que pintó este cielo de los Shyris con el arabesco de las cúpulas...

Una acusación torpe y absurda que sólo pudo dictar la malquerencia, agrava nuestra situación en el Hospital. Se dice que los estudiantes disparamos de las ventanas. Un grupo de civiles armados de fusiles y de rabia, entra al servicio. Manos arriba, dicen tendiendo el arma sobre nuestros pechos. Nos buscan. No encuentran nada. Los heridos, los médicos, atestiguan de nuestra labor honrada. No puede mancharse nunca la blusa blanca con la sangre de un asesinato. Estuvimos allí cerca del dolor brutal que causaron los credos. Nosotros no podíamos sino llegar hasta la herida, hasta la muerte que asaltaba en los lechos. Nosotros no teníamos sino las armas nobles: medicinas. Y entré tanto la fila inerte, era pasada revista ante la facies hosca de los bravos...

Lo más inquietante era la amenaza: los fusilaremos. Y esto escuchamos de ambos partidos. El engaño les hizo decir estas sancedes. Y allí, entre la angustia de la sentencia, se abroquelaban nuestras juventudes que no desmayaron un momento en curar los desgarrós.

Otro soldado, de imposible descripción. Sudoroso, empolvado. Héroe sin causa, entrando a pasarnos otra revista. Y salió convencido a medias de los razonamientos que hacía el Director de la Casa.

Este ya no viene furibundo y atrevido. Es uno que se retira. Pero es que en la sala estaba su madre, viejecita achacosa, que inquiría por la guerra. Aquí estoy, le grita a la anciana que no cree en la aparición del hijo. Yo, yo soy. Y ella extiende la mano huesuda para tocar el relieve del cuerpo amado. Una lágrima furtiva. Y otra vez a la calle, a esconderse, a la calle a mezclarse en el torvellino de los hombres enfurecidos.

En la noche, el cielo se ha vuelto negro. De luto. Amenaza lluvia. Parece que va a llorar como un refrigerio sobre la tierra candente. Nubarrones que quieren unir sus lágrimas a la de muchos hogares tristes. Y el agua cae con un temor inmenso. Escasa, temblando, juntándose al ventanal como para pedir hospedaje y guardarse. Desde un agujero hemos alargado la mirada a un rincón atroz. En el gran montón de cadáveres, las gotas de agua escurridizas se van volviendo rojas, intensamente rojas. Ima-

gínamos desgarrado el cielo, herido, magullado. Un gran silencio interrumpido por el lloriqueo de esas gotas que besaban los cuerpos horriblemente deformes, putrefactos. Raudal anónimo sobre hombres difuntos, también anónimos.

Poco a poco viene la calma. Cómo se entra la noticia en lo más íntimo. Nos han dado deseos de gritar. Pero no puede ser. Hay tanto dolor aquí. Allá en las salas, no importa que haya paz. No van a curarse por eso las enormes heridas. No va a detenerse la agonía. Allá prosigue el combate: Pasen a la sala de operaciones al 27. Esta inyección para que se duerma el 15. Avisen a la familia para que se lleven al que estuvo en el 38. Así.

Ibamos a correr por las calles. A buscar a la mamacita para abrazarle. A salir de la ciudad, por donde quiera, rumbo incierto. Queríamos aire, quietud. Pero, no hemos terminado nuestra misión de estudiantes. El botín estaba amontonado. Botín humano que nadie quería robar: hombres tendidos en las calles, agrupados en posiciones inverosímiles. Botín despreciado, aherrojado.

Y nos alistamos a la tarea. Necesitamos carros, carretas, para comenzar al traslado. Ur-

gente, porque el olor es insoportable en el Hospital. Allí hay desde el día lunes. Hoy es viernes. Cinco días. Unas caras amoratadas. Moscas, piojos, gusanos. Rumor de disintegración. Y un sol mañanero que penetra por entre los resquicios de brazos y pechos, apura la sazón de los necrobios.

Ya. Vamos, compañero. Ajuste la blusa. Ciérrame bien el cuello porque las manos están sucias. Nos acercamos a uno de los montones que apestan. Una nube de moscas verdosas nos azotó la cara. Tenemos que huir y volver ahuyentándolas. No sabemos de donde aprisionar un cuerpo. Magulladuras, fermentación, podredumbre. Nuestras manos forradas de sangre, pus, tierra, resbalan de los miembros inertes. Alguien se ha quedado con largos colgajos de epidermis. Sacude como bandera para que caiga en el suelo. Levante la camilla. Ayude, camarada, que pesa un mundo. Arriba. Tenga recio, hombre. Suba usted al carro. Vamos, una, dos, tres. Pero retírele a ese soldadito para que alcance este sargento. Pongamos la cara de este hombre para arriba, está rompiéndose la boca contra la tabla del autocamión. Vamos, tire de los pies. No sale. No, no. Los piojos le están subiendo, sacúdase. Mas duro, que no caen. Ya.

puede irse este carro porque está lleno. Cuántos? Trece. Entonces vamos. Y el pito hace abrir al tumulto que se agolpa con pañuelos y pañolones en la nariz y en los ojos. El desfile macabro ha iniciado. Millares de gentes buscan a los suyos. Han salido al encuentro del viaje: Al cementerio, señora. Allá, pueden buscarles. Nos vamos, estamos de apuro.

Y en las callejas de San Diego, de uno en uno, al suelo. Cara al cielo, en fila, militarmente alineados para que pasen revista las familias. El incontenible alud de personas desesperadas nos sigue. Y madres, hijos, van llorando a lo largo de las fila de difuntos.

Y otro y otros viajes con la carga de la muerte. Nadie nos quiere ayudar. Está cansado? Eso no importa. Resista usted la miseria de la civilización. Pero por qué no vendrán los autores de la matanza a prestarnos sus fuerzas levantando víctimas? Ah!... están ocupados. La política necesita a esos señores en el secreto. La Patria... Pero no afloje al cabo de la camilla. Cójamos a esta mujercita. No, primero llevemos al chiquitín. Bueno. Y en contacto con la poder. Aspirando de la desintegración. Recogiendo la tarea de los héroes. Qué brutalidad, como

le han despedazado el cráneo. Vea este infeliz con el corazón afuera... Alce. Colega. Espere, pongamos otro más para hacer menos viajes. Ya no podemos con el peso. Siga. Adelante. A llenar los huecos inmensos que se han cavado dónde se reunirán estos desafortunados. A llenar la huesa común abierta en la tierra generosa que no sabe sino de lo que es prestar su seno para el descanso.

Dos horas de tarea. Hemos pasado ciento diez y siete cadáveres. Podemos ir a almorzar.

Estamos en el panteón. No al lado de los mausoleos suntuosos y pedantes. Fuimos más allá. Donde se refina la amargura del infeliz. La batalla se libró también aquí. Esa cruz rota por la bala. La plaquita humilde destrozada. Combatiendo encima de los muertos.

Tumbas frescas. Sin nombre. Aquí está una. Vea esta lápida: "N. N." Nos hemos descubierto con unción. Y hemos dicho: Bendita sea tu paz amigo que no te conocimos. Duerme, en tanto nosotros seguimos entorpecidos en la trinchera de la vida.

Volvemos a la ciudad. Hemos ensayado una sonrisa. Ha surgido en los labios como una ex-

presión de profunda tristeza. Sentimos poco a poco el retorno a la vida. Entrados a las heridas. Saturados de muerte. Entre larvas y gusanos. En mitad del estampido y del horror, hemos olvidado que somos. En el cerebro subsiste un atronar lejano. Salimos a modo de convalescientes. Sólo tenemos un anhelo muy grande: Gritar a pulmón lleno la palabra "Paz".

Y seguimos por la vía pública llena de restos, destrozos y rumores. No nos damos cuenta de lo que pasa a nuestro lado. Estamos hondamente preocupados en un análisis interior. Repasamos el nombre que nos pertenece. Lo silabeamos lentamente para convencernos de que existimos y de que la neurona cerebral reacciona todavía.

Y la gente corea: basta, basta. Paz. Guerra a la guerra.

Un clarín que suena alegre, nos hace volver en la calle. Hemos estado yendo por otro rumbo. Allí está la casa donde se encuentra la familia.

Quito, setiembre 3 de 1932,

OBRAS DEL AUTOR

LOS MAESTROS DE CERCA.—Reportajes a los profesores de Medicina.—Publicada en 1930.

BAJO UNA LLUVIA DE BALAS.—Crónicas de guerra.—1933.

BOCA TRAGICA.—Teatro.—Estrenada en el "Sucre" en 1932.—Inédita.

ESPIGANDO.—Crónicas varias.—Recopilación de artículos periodísticos.—Inédita.

MEDICION DE LA INTELIGENCIA.—Tesis doctoral.—En preparación.